

SITUACIÓN DE LA ESCRITORA EN CHILE

por Paz Molina

Escribir poesía, en este tiempo, en Chile, siendo mujer y sin tener un apoyo material y espiritual efectivo, es una tarea difícil, ardua y fatigosa. No hay resonancia, no hay proyecciones, el espacio literario está ocupado por autores y obras que sean vendedores. ¿Cuál es entonces el destino de la poesía femenina, cuál el sustento para la vocación de las poetisas, que, como muchas lo han hecho a lo largo de su vida, deben fortalecerse en el fuego creador de su propia vulnerabilidad?

¿Cuál es el aporte que la sociedad en su conjunto hace, cuáles los esfuerzos dirigidos a cambiar un sistema que margina la creación poética de las mujeres?

Pese a este silencio rotundo, a esta confiscación implacable, léase Eugenia Brito: *"21 Poetas Chilenas, Confiscación y Silencio"*, persisten las mujeres chilenas en su oficio de tejedoras de sombras, en sus paisajes interiores de luz metafísica y desolado sortilejo, en sus minuciosos recuentos del vocabulario estricto del ser; se eleva su dignidad más allá del aplauso efímero o la moda ocasional, ajena a las demandas del mercado, hecha vibrante presencia en el espacio irrenunciable de la creación literaria, donde la voluntad de sobrevivir es la causa primera de su palabra poética. Sus faldas de gitana y vidente no obstaculizan su paso ni la hacen tropezar con los artefactos de patriarcas evidentes y con-sagrados. Ella ironiza, fustiga, revierte sus bromas, sus gentiles atropellos, sus silencios mortales, la forma tangencial y discreta con la que suprimen, besándolas con cariño, las obras de aquellas que han tenido el descaro de escribir, situándose en un mundo preparado para escuchar solamente al vate y su vaticinio, al profeta y su profecía.

"Entonces puede recordarse con entusiasmo a Virginia Woolf, arremetiendo con su pluma contra los magos establecidos de su tiempo, y puede también vislumbrarse una similitud, un parentesco estético e intelectual, entre estas mujeres frágiles y arrogantes que no han temido ser enjuiciadas por una mayoría conservadora o por una minoría vanguardista que se considera poseedora de los gestos auténticamente rebeldes, a causa de su inscripción en el canon vigente" (1).

"Es la identidad de la mujer americana que se alza con el vigor de una pasión largamente contenida, para proferir las palabras que han de fundar un nuevo territorio de conocimiento, reconocimiento y conquista. Territorio poético donde son convocados y conjurados todos los males de una sociedad opresora y oprimida, signada y resignada bajo las formas dominantes, lenguaje polivalente que se erige ante un poder que exige ser cuestionado. La escritora es la hablante crítica, denunciadora elocuente de los castigos infligidos a una mayoría marginada, ausente del intercambio mercantil y del lujoso coqueteo intelectual utilizado por los sistemas de comunicación.

Presente, sin embargo, ella misma en la exposición dramáticamente textual de sus largas miserias y exclusiones. Yo

he visto arder el ímpetu de sus fábulas con el enérgico esfuerzo de una conciencia en vigilia. Mi pulso se agita en la contemplación de esos devenires palpitantes; de aquellas intimidades dolorosas atrapadas en las redes del aparato social que las socava y las expulsa. He conocido, también, la ruina de esos espíritus convulsos, a la hora de la consumación de la página, cuando el crispado argumento se entrelaza con la propia vivencia. Entonces la angustia se pregunta por su sentido, en un canto épico más elocuente que el canto oficial, más estridente en su sensualidad que el chillido de una cultura mecanizada" (2).

Mujeres poetisas... o diosas ignoradas?

Desde la perspectiva de la escritora, la humanidad se ha mostrado adversa al desempeño de la mujer en las letras. Las mismas trabas que afligen a la mujer en todos los ámbitos, desde su domicilio hasta las aulas académicas, pasando por la fábrica, la enfermería o la diplomacia. Desde la niñez, la mujer escritora está obligada a aceptar una condición pasiva, una actitud de obediencia; una conducta de suavidad y dulzura que no siempre cuadra con la fuerza de sus instintos. De allí que la ira consiguiente, acumulada durante los años de infancia, estalle en rebeldía al llegar la adolescencia, y madure en excentricidad o inadaptación al llegar la edad en que debe asumir su rol de esposa y madre, actuar como una señora observar una conducta de aire respetable. Es por esto que ella prefiere encontrar un mundo menos opresivo en la libertad de sus lecturas, en la maravillosa impunidad de sus sueños. Es por esto que su perfil de diosa ignorada deambula algo aterido por los desfiladeros de la pasión. Si ha de leer a



Delia Domínguez

Unamuno, ha de insuflarse en ella el estremecimiento del deseo, el violento deseo de ser ella misma, con sus abismos y sus vertientes, con sus luces, sus apagamientos y sus disimulados coqueteos con la muerte.

Pero el mundo no quiere a ningún Unamuno con faldas que vaya por ahí descalabrando conformidades, dudando de aquellas cosas indudables, transgrediendo la transgresión de otros. El mundo quiere más bien la conformidad de los conformes y de las conformas para así bien poder continuar en su carrera belicosa, en su atropello consumidor y exitista.

¿Cuántos automóviles pueden comprarse con una docena o con un centenar de versos? ¿Cuántas propiedades agrícolas con una metáfora acertada? ¿Cuántas armas con un ensayo breve? El saber acumulado en años de frustración y esperanza; la lectura ávida, intensa, porfiada y hasta mañosa, de los textos más anacrónicos, de las peripecias más atrevidas, de las epopeyas más catastróficas, induce a esta mujer algo iracunda a despeinarse y a esgrimir sus complejos como regios paracaidas para despeñarse desde su aflicción, hacia el combate entre su realidad y el mundo circundante, que preferi-

ría borrarla por su gesto algo obsceno, según la costumbre y las buenas maneras.

Una autora de la máxima proyección, como es Gabriela Mistral, ejerce la fuerza y el poderío de un paradigma, y su obra resulta emblemática en la configuración del imaginario lírico latinoamericano, más allá de todo límite genérico. Asimismo, autoras como Winett de Rokha, María Luisa Bombal, Olga Acevedo, Chela Reyes, Estela Díaz Varín, Marina Latorre, Rosa Cruchaga, Delia Domínguez, ejercen también una influencia notable sobre la creación de las autoras chilenas de las más recientes generaciones.

Me parece a mí de la mayor importancia romper el cerco que mantiene a la mujer chilena creadora en el margen y en el semi-anonimato. Son muy pocas aquellas que logran vencer estas barreras y no todas cuentan con el ímpetu salvaje y desacralizador de las más audaces, o con el solemne atributo de las consagradas.

Yo creo en el imperativo de constituir un panorama crítico en el que estas voces sean proyectadas, estudiadas y reconocidas en un ámbito de equivalencia con el espectro de voces poéticas masculinas, a las cuales se enfrenta la crítica oficial con marcado interés y constante diligencia. No así es observada la obra de las autoras chilenas, sólo es posible encontrar contados trabajos sobre el tema, entre los que se destacan los de Eugenia Brito y Juan Villegas.

Visión de la literatura femenina chilena

En cuanto a nuestro pasado literario, el encuentro con la obra de Marta Brunet nos hace revalorizar, mirar desde otra perspectiva la escritura de mujeres y la escritura propia. Habiendo escrito yo misma algunas novelas que permanecen inéditas (más por la inercia, o la paciencia del que confía en el futuro como una fuerza siempre benévola), no me había sentido casi nunca tan estimulada a continuar con las tareas de la propia creatividad, como ahora, después de esta lectura atenta de nuestra escritora. Su tenacidad, su empuje, su constante preocupación por conocer y comprometerse con la realidad chilena, especialmente con sus sectores más populares, aunque no abandonó el dibujo de las más refinadas psicologías, nos la hacen ejemplar aunque inimitable. Marta Brunet cobra vida en sus escritos, esclarece la memoria de un pueblo afligido por las más ardientes luchas, la lucha por la subsistencia, la lucha por el terruño y sus frutos, la lucha por perpetuar la especie con el vigor animal de lo imperecedero y la fuerza espiritual de lo mortal, la lucha por reconciliarse con un destino muchas veces adverso o fatal, la lucha por la conquista y la conservación del amor, la lucha por la justicia que nos hace vivir.

Acaso hay un poder más desolador que el de la locura, ese desenfreno del alma y de la conciencia, que vuela la noche más impenetrable sobre el ser desprovisto e inerme?

Yolanda Lagos reflexiona sobre este tema terrible, y su voz clama por el desgarramiento de aquella "excelsa bordadora de hilos tornasoles" cuya mente fue aprisionada por la noche, sin tomar jamás hacia el día. "¿Qué es la locura sino una oscuridad maligna? Un átomo obtuso y perverso/ Un bosquejo multiforme/ Una telaraña establecida en la mente/ Una rebelión de golondrinas sin destino/ Guardián de las malditas sombras/

Desecho de ilusiones/ Paradigma de marasmo y avatares/ Todo el derrumbe del derrumbe humano/ Toda la soledad de soledades/ Toda la metafísica insolente?"

Pensamos en poetas universales en los cuales el tema de la locura se hace carne viva (tal vez, por un movimiento cariñoso del corazón) Hölderlin, el entrañable poeta que vivió gran parte de su vida y escribió gran parte de su obra entre las sombras y el delirio, Nietzsche, el vidente, el iluminado, cayendo al abismo de la sinrazón; Gerard de Nerval, el hipersensible, creador de "Las hijas del fuego"; Antonin Artaud, el magnífico alucinado del *Pesarnervios* y *El Teatro de la Crueldad*

Dice Yolanda acerca de su *Lady*, herida por las sombras: "No hay para ti piedad, sólo hay olvido, no hay para ti placer/ Sólo espejismo colmado de temores/ ¿Era acaso su sino un arco delirante/ O era acaso un duende alucinado, enamorado de ella?"

Marina Latorre constituye un momento interesante en la literatura femenina chilena. En su novela "Cuál es el Dios que pasa" configura un espacio poético, cuya delicada prosa hace decir a Francisco Coloane: "Las ideas de la prosa y de la poesía cuando se unen sin antagonismos artificiales, han sido y serán perdurables como la vida de nuestros aparragados robles agrietando las lápidas de los ventisqueros milenarios."

Asimismo, Marina desarrolla una intensa labor periodística con una clara conciencia de género expresada también en su continuo trabajo de talleres y su permanente esfuerzo por la reivindicación de los derechos de la mujer, sea o no escritora.

La poesía tampoco le ha sido esquiva, y se manifiesta, transparente en los poemas de "Fauna Austral" y "Ventisquero", señalando la autora un marcado interés por el alma infantil en "El regalo" y otros textos.

La escritura de Diamela Eltit emerge desde una zona virtual, arraigada a la sensibilidad y la experiencia de un colectivo marginal, desmembrado y múltiple, cuya elocuencia parece aprisionaria en un voluptuoso desenfreno.

El verbo que ella conduce, lúcido y casi tangible en la cavidad del asombro que cada uno de sus hallazgos significa, se nos hace leve y rápido, acicateado por un febril impulso de curiosidad al irnos introduciendo en los meandros de ese siquisimo perturbador: los personajes que se perfilan a sí mismos como dibujantes ebrios pero implacables en la pericia de sus discursos.

Las mujeres en la narrativa de Diamela, protagonistas rotundas, soportan el peso de una sociedad agresiva, en su indolencia ante la desventura del desposeído, y son las voces de una disconformidad angustiada y vehemente que atestigüa, a la par que interroga y se autocuestiona.

Estas mujeres violentadas no encuentran sosiego sino en la saciedad de la carne que obstinadamente las subyuga y las define, haciéndolas cómplices del amante que a veces las denomina cual perras malgradecidas.

En su prosa nítida y certera los cuerpos de estas mujeres son trabajados a cincel. Bestias de la intimidad maltrecha, las protagonistas exudan precariedad y sufrimiento, como si fueran constantes víctimas de la fatalidad de existir, en un mundo habitado por el miserable goce o la gozosa miseria. Y este goce doloroso y afiebrado, es también el que domina las for-



Paz Molina

mas de una escritura plástica y profundamente descriptiva del acontecer íntimo y subjetivo así como de la peripecia de los cuerpos y sus encuentros fugaces, casi siempre violentos y transgresores.

Se trata de una cosmovisión en la que el erotismo representa un rol preponderante, más allá de la agudeza intelectual que le da soporte. Una sensibilidad aguda puesta al servicio de esta narrativa mordaz que se prende con ahínco de realidades tremendamente humanas, aún en su vulgaridad y sutileza esenciales.

Atravesar las páginas de Diamela Eltit es correr con ella esta carrera acezante e instintiva, que va domando la escritura hasta descomponerla en sus significaciones primordiales, revelándonos las formas que nos atan a la conciencia de un género, de una estirpe brutalmente silenciada y puesta en la condición del grito; esta verdad herida y nunca suficientemente expresada: el alma de la mujer, el cuerpo de la mujer y su prolongado sangramiento que sucumbe al deseo bordeando el abismo.

Hay una poética de la carne y de la sangre en este oficio de narradora pertinaz que se obstina en corregir la visión de los silenciosos y de los dominantes y quiere hundirse en la penuria con estas vírgenes mancilladas para mejor medirles la entraña. Grito lascivo y noble a la vez, que nos devuelve a una conciencia más vigilante, más lúcida, para la cual el trabajo de los cuerpos en la composición de los gestos del amor se torne más humano a la par que más gozoso.

En el torrente de la página, los hechos se vuelven sobre sí mismos para interrogarse el desvario; así van surgiendo las voces resonantes y concienzudas que traen razón de injusticia y de vértigo así como de maestría. Luego están esos vértices y esas aristas en donde la imprecación resulta válida para perfeccionar los límites de una tragedia personal y social que en su descalabro mínimo desencadena catástrofes colectivas. La catástrofe de la incomunicación y la soledad, el dolor de la sexualidad reprimida, o descontrolada, la sabiduría profana de aquellos cuerpos y almas en continuo fragor, en constante reyerta, para lograr la absolución de sus fuerzas entregadas a la predestinación o al azar.

Esta prosa tersa, que parece solazarse en el dibujo de aquellos primores de la sensualidad y su posible aunque fortuita abyección, no da tregua a un lector más o menos trémulo por el influjo de las visiones que ella le sugiere.

Dice Diamela Eltit en un fragmento de su novela "Vaca Sagrada": "Siento un permanente dolor, miedo, una hambruna insaciable me devora. Te das cuenta de que no puedo levantar la cabeza? No me dejan. Ni tú. Derribada por mi paga no logro avenirme a ningún oficio. Los despidos se suceden y la noche de mis cuarenta años me encontrará desempleada. Parece que tú vivieras en otro mundo, no entiendes lo que está pasando. Cansada, desempleada, dejo que me pase contigo, pues aún sigue ese vago, inestable ascenso. Una de estas noches acabarás por derribarme, me derribarás al intentar detener la fugacidad de mi aleteo. Dices que no te irás, me lo has dicho y hasta lo has jurado. Te irás de todos modos. Por qué no habrías de hacerlo? ...Te fatiga que mi lengua haya perdido su destreza, es

verdad, no me resulta fácil tomarte con la lengua, es una obligación más. Te haré un recorrido vertical con mi lengua pero no me digas lo que hiciste, no repitas eso de los gemidos, no detalles nada. Te das cuenta de que no hay nada? No comprendo qué es lo que buscas de un lado para otro. No hay nada".

A partir del gesto desolado y la conciencia de una cruel y vigilante precariedad emocional, Eltit configura estas situaciones narrativas que son además representaciones escénicas, montaje teatral y vivencial de un colectivo... ausente del espacio público donde se representan los juegos de la cultura con sus modismos y sus evasiones.

Busca Eltit, aparentemente, configurar un espacio distinto donde las dimensiones del erotismo y sus manifestaciones puedan expandirse y constituirse en habla común, lenguaje y beso, escritura y caricia, en el cuerpo de una obra que se concibe a sí misma en la intensidad de sus sentidos, sumándose con energía y claridad a la tradición literaria chilena.

La poesía de Soledad Fariña, experiencia de desbordante sensualidad en que la palabra es objeto erótico a la vez que vehículo expresivo de una interioridad lúdica y febril, nos aproxima a un espacio infrecuente en nuestra poesía, desde siempre poco inclinada a la manifestación de la naturaleza gozosa. Soledad Fariña rompe tabúes y establece un vínculo sensorial con

su texto, cuyas mínimas pulsaciones, cuyos recónditos escarceos ella conoce y reconoce, ávida y lúcida en un enfrentamiento y un regodeo que la vuelve una con su palabra y la devuelve intacta a su expectante y acezante acoso.

Desde su cuerpo autoexplorado y proyectado poéticamente en un rito develador que la conmueve y convulsiona, ella construye su otro cuerpo, el texto, que la exalta, la reafirma y la complementa, dando así culminación a un proceso minucioso, iniciado en el ánimo y la piel de la poeta al entregarse a la búsqueda de su identidad rotundamente femenina y a las claves que pudiesen nombrarla. En este juego de la razón y los sentidos, apoyados mágicamente por un lenguaje flexible que parece adherirse a nuestra piel y precipitarnos en el mismo regocijado encuentro: mi cuerpo-mi texto, otro cuerpo-otro texto, donde Soledad Fariña se sumerge sin reservas y funde su voluntad atrevida con el lenguaje del que ha sido hija y ahora es madre y esposa.

Allí brota olorosa la lengua materna en el pecho, el vientre y la boca de Soledad Fariña. Es lento y sensitivo su andar por la cadera, y el vértigo de su preñez la torna sabia y madura. Su canto es ancho vuelo para el alma y el labio que la nombra, la dice, la pronuncia tibia y la reclama distinta, fuera de sí, mas profunda en la dislocada matriz que la genera y la recrea, una y mil veces en el goce de ser hembra y creadora de vida. Su verbo lúdico y gozoso se enseñoorea y abarca el espacio de nuestro propio cuerpo ávido, lector y espejo de ese múltiple ademán penetrante, perspicaz. Toda ella carne se dice: "Amorosa mi suave, la dulce abre la cuenca, escarba, brota, la cuenca huesa; la blanca suelta. Habla, dobla, me dice, le digo. Hay una suavidad en ese monte, en esa curvatura, hay una tibieza incitadora, hay unos misterios insondables en esa curvatura".



Teresa Calderón

La palabra gozosa está cierta de su poder revelador, de su irresistible necesidad, de cuanto en ella constituye cualidad de vida, y en esa certidumbre a la vez exultante y serena, vislumbra feliz las formas que la harán dueña del instante. Es cautelosa e intrépida, por lo tanto aguarda la forma precisa. Desecha suave y perentoria las intuiciones fugaces que no convienen a su propósito final. Permanecer otra, nacida en el hueco precioso de las horas.

Ella, venturosa, requiere del motivo apremiante, del sentimiento vigoroso. Se vuelve materna en el ancho gemido que la encierra y la torna a ser niña en el gesto del escribiente solitario. Verdad es ella, piedra y pájaro. Tiene dicha en su seno y se ensancha su cuerpo vuelto canto y risa, sollozo y sosiego. Ahora puede contener los mares y dormirse lenta en su abrazo.

Desnuda la acoge y la besa, dotándola de su voluntad. Ocurre el azar, pero es cuerpo y conciencia su destino hermanado por el vínculo de la palabra. Acto generador que traduce la vida posible y antes no encontrada. Percepción iluminadora que desentraña el sentido de los cuerpos entrelazados. La palabra materna ensancha el mundo para el yo y para el otro.

Palabra madre, palabra hija, toda cuerpo en su gozoso ofrecer y tomar, para conformar ese otro cuerpo que dará cuenta de sus percepciones y la hará dueña de su conciencia en lo diferente.

En Astrid Fugellie, la intencionalidad de los textos es de carácter ironizante, sobre todo en relación a la condición de la mujer en el mundo, tema que trabaja con un acerado humor negro. No está lejos de su mirada el mundo de las poetisas o *magas*, como ella dice; es su motivación más intensa, parece, en su vértigo, conferir a sus percepciones una agudeza de escalpelo, que desciende hacia lo hondo del desgarramiento ajeno y propio.

Sin embargo, la presencia de lo grotesco y esperpéntico, en la figura de ciertas *magas*, cobra ribetes de desenfadada crueldad: "*Oh! qué dolor en mi corazón de animal viejo y esta bendita artrosis en el fémur de mi pata!*" Asimismo, parece obsederla el tema de la locura, de la que sus *magas* hacen insistente gala, como si el alarde de un espíritu travieso, pero todavía no suficientemente decantado, se refocilara en este decir luctuoso, procax y estigmatizador.

Largo camino ha recorrido Astrid por el mundo con su poesía a cuestas y ha sido embajadora elocuente de su singular manera de ver la realidad circundante que talvez esconde todavía algún secreto esencial, por eso se da maña para escurrir en el laberinto de sus *magas* intentando socavar el perfil de las más lujuriosas, con un verso de azote, disimulado en el repentino lirismo de su decir. Osa desvirtuar la magia de sus congéneres con un bisturí de bruja letrada que esconde bajo su manga de terciopelo. "*La mujer me salió por las páginas de esta antología con ritmo inquieto y sabor a denuncia*".

Desde luego, todas las invectivas de Astrid giran hacia su propio espejo, ella es también aquella mujer desbordada en el alma de la noche cuando construye sus embarcaciones preciosas. Es también la danzarina trémula que agita sus brazos intentando asir el mundo que no comprende ni la comprende. Pero cobra vigencia este fabular desventurado cuando las musas tocan a su ventana insomne y le musitan al oído la

poesía que creamos atisbar entre sus páginas. La palabra irónica se dulcifica en Heddy Navarro hasta convertirse en amoroso arrullo, en turbada queja, en erótico llamamiento; una fuerte vitalidad se desprende de los versos que no rehúyen la nominación precisa de los miembros y los escarceos del goce sensual.

Hay toda una aventura de audacia en este nuevo planteamiento poético, contrario al lirismo melancólico y planifero. Aquí se clama por las formas del otro, se le exige presencia y acto amoroso, se desnuda la intención de toda envoltura o pretexto formal.

El macho es invocado, tanto física como espiritualmente, en metáforas vibrantes: "*Clama astro mio, penetra la nada, riega peces o estrellas, crea una galaxia paralela*" pide la poeta en su condición de hembra, la huida del macho hacia otros confines, en pos de la restitución del propio espacio femenino, "*Porque yo, la Láctea, con mis manos he fundado el confin de tu Universo*". Serán, en todo caso, universos colindantes.

Eros es concebido como naufragio. Tanatos impregna estos versos: "*Estamos solos en medio del naufragio, el océano entero penetra por mi boca*". Inmensidad, sensualidad, entrega y, potencialmente, la muerte tras el amor y como consecuencia de éste. "*Beso tu proa hasta el último mástil*".

Se hace vigorosa la presencia de la naturaleza en la metáfora sexual: "*Hasta que crezcan avellanos en el monte del pubis y los cráteres ocultos se llenen de aguas azules, cristalinas*".

En la escritura de Heddy Navarro, vibra la voz mujeril de apasionada furia amorosa. El lenguaje fluye intenso y preciso, económico casi, en la descripción de un ámbito cósmico y saturado de una experiencia humana trascendente. La lectura atenta obliga a derivar hacia los orígenes de la trayectoria amorosa de la pareja humana, con su carga de plenitudes e insuficiencias.

Hay una fuerte identidad en este discurso, donde puede vislumbrarse el rostro múltiple de un género que abandona su actitud quejosa y pasiva para iniciar conductas protagónicas: "*Subvertir el miedo ganar la calle/ la libertad, las palabras, los glúteos, el vientre/ ganar los hijos/ la excarcelada risa de sus madres*". Hay convicción y esperanza en estos himnos libertarios; el futuro parece avizorarse benigno y la ruptura de las cadenas hacerse inminente. "*Encontraremos talvez la marca de la bota/ borrada por una risotada de mar/ Capaz que hagamos una ronda de ideas enarboladas/ y utopías se encaramen a los volantines de Septiembre/ Tal vez mañana la lluvia acaricie este desierto*".

Así como hay en Ana Portal un abandono tal al discurrir de su conciencia ensoñadora, que el verbo parece irsele de la mano, como si alcanzara un movimiento propio y bordeara el balbuceo y el delirio. Y es en esa vacilante y de pronto abrupta disquisición consigo misma y sus fantasmas, que ella se nos hace de pronto palpable y reconocible, figura de su propio esbozo, diseño que sostiene lo informe de un devenir interior, sujeto a constante revisión, cuestionamiento o, incluso, negación.

La perplejidad, como signo de los tiempos que corren, así como lo fue durante la primera post-guerra de este siglo, define la línea sinuosa de cierta literatura que embriaga, que persuade o que confunde. Pero que no deja indiferente a nadie, sino



Lila Calderón

conmovido, al menos vagamente perturbado por estos signos inquietantes de que, en alguna conciencia humana, suceden instantes perceptibles, alarmantes o conflictivos que pueden de pronto perder su perfil, su límite prefijado, e invadirnos, impunemente y a porfía.

También Lila Calderón indaga en los temas de la separación y la muerte, con pie ágil, *calzado con las zapatillas de baile de la locura*, como dice ella en uno de sus versos, pero un extraño y permanente entusiasmo parece reanimar los espectros de este drama, volviéndolos al orden de la vida y hasta el de la felicidad.

Es así que, en su primer poema, en el que nos presenta una muerte de todas layas, desde una muerte de paloma mensajera, hasta una muerte a tablero vuelto, pasando por una muerte psicológica, el tono que percibe el lector bajo estas moribundias, es un tono francamente divertido y revoltoso, como si al enumerar estas posibles muertes y ponerlas, como quien dice, *en evidencia*, se conjurase su cruel designio último. Y todo vuelve a comenzar en una ronda para bailar a muerte.

Si hubiera que situar a Lila y sus poemas en un contexto o seguir la pista de sus posibles influencias, me inclino por escuchar los ecos surrealistas de un Jacques Prevert, quien usaba parecidas zapatillas de baile. El tratamiento del lenguaje, que se hace liviano por transparencia y por ser claramente directo, sin mayor énfasis, pero dejando que los blancos y los silencios digan lo suyo, recuerdan al poeta de "*Cómo pintar un pájaro*" y a algunas pinturas del aduanero Rousseau.

Es el suyo un arte de sencillez muy expresivo, impregnado de matices. La muerte, el drama, la separación, el suicidio, la tragedia colectiva, esta autora los abarca con un prisma leve y sutilmente alucinado, que suaviza, que hace irrisorios incluso las veleidades y los dolores del alma.

En esta línea de sencillez expresiva Lila escribe un poema que podría ser lastimero como un tango, pero que ella ciñe y despoja hasta convertirlo en una anécdota o un video, con ninguna reminiscencia lacrimosa. Sólo el final, rotundo y evidente, con su figura emblemática: *el ángel*.

"Cuando él se fue ella esperó un rato para constatar/ que podía perderlo entre el resto de la gente/ Se miraron de lejos y se rieron de común acuerdo/ Luego ella puso los ojos en el verde del semáforo/ y se quedó pensando en hacer parar el día y volver a buscarlo/ Pero el planeta ya no era el mismo/ y había un ángel muerto en el camino."

Yo creo que la obra de Lila Calderón incorpora a la poesía chilena más reciente, un tono que le hacía falta, una perspicacia y una ironía distintas, capaces de configurar mundos visibles e invisibles, y que la poesía de las mujeres se enriquece con un nuevo aporte: el distanciado apasionamiento de esta sensibilidad capaz de disociarse de sí misma para hacerse crítica, y conseguir algunos versos que son hallazgos, y otros, los más, que se inscriben con acierto en lo que puede llamarse la tradición. Porque yo no creo que Lila calce zapatillas de baile vanguardistas a priori, sino más bien que ella quiere danzar y sabe hacerlo con gracia y con la locura precisa, en este paraje tan desolado como esperanzado de la creación poética.

(1): Texto acerca de Majorie Agosin, por Paz Molina.

(2): Texto acerca de Diamela Eltit, por Paz Molina.

RICARDO GÓMEZ LÓPEZ

AMOR EN EL METRO

Pero, si es ella otra vez
el color del corazón ha subido a mi cara
y no quiero

que se dé cuenta
que la he visto:

Qué magnética hermosura visten sus ojos
su pelo y su cuerpo
cómo llaman a mis ansias a correr
a su lado
¡Basta!
Ahora sí que le hablaré
sin vacilar
sabrás que la amo
todas mis palabras
serán traductoras del delirio que me acosa
de mis noches mirando el techo
de mis latidos locos, locos esos estúpidos
¿qué la miran tanto?
¿Acaso no se dan cuenta que soy yo
el que la ama sin límites? Además
la vi primero

Latido a latido me acerco
antes que se baje del Metro
le declararé este amor que suda helado
sin timideces total
nada se pierde con hablar

Ahora
ya
sereno-seguro
a la una
a las dos
y
a
las tres:

Señorita...
¿Me dice la hora por favor?

NICÉFORO VRETAKOS

Nicéforo Vretakos (1911-1991), poeta griego. Su dolorosa biografía no le impidió expresar, con limpidez y esperanza, una poesía rica en luz, fraternidad y alabanza.

Entre sus obras destacan: *El apogeo del fuego*; *El carro dorado*.

La presente selección fue realizada por Juan Antonio Massone, sobre textos de Nicéforo Vretakos, traducidos por Miguel Castillo Didier.

CARTA

No tengo una hoja en los viejos árboles verdes.

Te escribo mi pena en este papel;
tan liviana que te la lleve el viento,
tan buena y tierna que no la extrañe el sol;
gentil como el silencio que pisa en la noche a la hierba,
sencilla y pura como el agua que corre
y no adivina que la engendró la tormenta de ayer.
Muchos fueron muertos. Muchos vivimos. Todos
estamos heridos. Grávido está el mundo de dolor.
En el silencio del mar recibirás mi pena.
Te envío un eterno ¡No me olvides! Es una luz
plegada entre una nube pequeña.

Te envío este corderito, ya que estás cerca de Dios,
para que lo lleves a un verde huerto.

Te envío esta infanta con su piececito roto.
Súbela a la ventana con el lucero del alba,
cerca del mundo, cerca del ensueño,
cerca del fogón donde sueñas con la mano en la frente
en la ventura del hambriento, del soldado,
del enfermo.

Ponla cerca de la verde enseña. Junto al caballo
colorado.

Al lado de tu madre, que rodeada
por los gorrones de enero, hilando está la esperanza.
Ponla cerca del suspiro de la ciudad. Muy cerca.
Ponla sentada y ábrele como una sonrisa la ventana
para que vea el mundo.

RETORNO

Con desgarramiento conteniendo mi apesado
corazón,

hallé a mi casa paterna mirando entre el follaje,
como otrora, el ocaso del sol.

Rápida corre mi madre a encender el fuego.
Pero mientras brotan por la puerta sus dulces
destellos,

con desgarramiento conteniendo mi apesado
corazón,

no entro. Me siento afuera y me pongo a llorar.

CANTO AL HOMBRE DE MI TIERRA

¡No me descubras!
Y sobre todo, no me digas
que me dejó la esperanza.

Cuando contemples el Táigüeto,
anota las quebradas que pasé.

Y las cumbres que pisé.

Y las estrellas que vi.

Háblales de mí.

Háblale de mis lágrimas.

Y diles que aún insisto

en que el mundo es hermoso.

LA LENGUA Y LA INVITACIÓN

Y dentro de la nada, existe una lengua.
También en la nada sobreabunda la luz
y fluye hacia fuera. Pasa a mi corazón,
palpita en mi mano, me pide expresarla
escribirla.

Mas ¿cómo?

No hallo las palabras porque ellas son menos
que los hechos de la primavera. Me esfuerzo, participo,
insisto con todas mis lágrimas, con todos
los pálpitos de mis venas. Trato de lograr
un contacto con la luz, con estas palabras
incontables que brillas, un contacto con la lengua
en la que escribiría una invitación
con el ascenso del sol:

Con versos rayos.

Con versos espadas. Con versos amor.

SE PARECEN MIS VERSOS

Se parecen mis versos al contacto dorado del sol sobre la nieve
Se parecen a la bondad de la mirada de los caballos
Se parecen al peso del alba sobre las margaritas
Se parecen al peso de la esperanza sobre el corazón
Se parecen a la lluvia tranquila sobre los abnegados corderos.